

VOZ Y PROMESA DE LA UNIVERSIDAD EN LA CRISIS ACTUAL DE LA CULTURA

EDGARDO BUITRAGO

INTRODUCCION

La crisis actual de la cultura nos obliga a meditar sobre lo que bien podemos llamar "el sentido histórico de la Universidad". ¿Qué nos dice?... ¿Qué signo encierra en su propio ser la Universidad?... ¿Qué palabra, de vida o muerte, guarda para nosotros esta gloriosa Institución, cuya existencia es la expresión más auténtica del intenso y profundo drama de Europa?

Dos conceptos inseparables se presentan ante nuestra inquietud investigadora: "Europa y la Universidad". Procuraremos, pues, fijar y determinar los alcances en que tomaremos en este pequeño ensayo cada uno de estos dos conceptos.

Entendemos por "Europa", no la simple realidad geográfica o continental, sino esa recia y vigorosa unidad histórica y cultural, esa "vidriosa y magna invención humana", —como la llama don Pedro Laín Entralgo—, cuya afirmación de universalidad la hace trascender todo sentido territorial. De este modo, Europa es todo cuanto es "su cultura". O lo que es lo mismo: Europa, como "invención", es la cifra interpretativa de todo cuanto llamamos "Cultura Occidental-Cristiana". Es ese sentido de vida que la realizó como invención, ese espíritu de afirmación histórica que confirió, precisamente, a la Historia el doble y trascendental carácter de continuidad y de universalidad en el que la Cultura ha llegado a ser vital.

Dentro de tal concepto, reconocemos y afirmamos en lo americano, — y más exactamente en "lo hispanoamericano"—, una modalidad de lo europeo, una como nueva encarnación de ese espíritu de síntesis y de afirmación universal, un como reflorecimiento de

lo occidental-cristiano, por virtud de lo tradicional hispano-católico y de lo virginal indígena, que llega casi a hacerse exigente sobre la traición que los propios pueblos de Europa han llegado a hacer a lo europeo.

En "la Universidad" a su vez, creemos encontrar el signo propio y característico de Europa. Por la profundización de su existir histórico, en efecto, llega a palpase en toda su plenitud y su realismo la sangrante vena de Europa... vena rota, como de intención suicida, en el dolor y en la angustia de la hora presente de negación, pero en la que hay algo, —un algo de inmortalidad—, que la hace sobrevivir y confiar aún en su propia vitalidad.

Para el mejor logro de nuestros propósitos hemos juzgado conveniente examinar primero los propios orígenes de Europa y de la Universidad, para confrontar después ambos conceptos en un solo entendimiento de realización histórica, ante el momento que hoy vive la Cultura. Con lo que nuestro plan de desarrollo comprende tres partes: Primero, en la que se tratan de identificar los elementos creadores y afirmadores de Europa, así como el surgimiento y formación de la Universidad, segundo, en la que procuraremos descubrir, sobre los lineamientos propios del proceso universitario, —especialmente de nuestros días—, los síntomas que caracterizan y distinguen a la crisis actual de la Cultura, y tercero, en la que es nuestro propósito desentrañar, dentro del especial significado que ante nosotros cobra la Universidad hispánica ese "mensaje" en que creemos estar cifrado el ser y el destino de Hispano América.

PRIMERA PARTE

LOS ORIGENES DE EUROPA Y EL SURGIMIENTO DE LA UNIVERSIDAD

La Raíz en el tiempo

Una simple asomada al período que corre entre los siglos V y XI de nuestra Era, no pasaría de encontrar ligeras transformaciones, fuera del derrumbamiento político del Imperio Romano. Pero una observación atenta, profunda y serena, tendrá que encontrarse, indefectiblemente, con toda una serie de grandes y trascendentales modificaciones, de potentes y vigorosos transvasamientos culturales, —por mejor decirlo—, de cuya integración resultó esa maravillosa síntesis, esa recia y decisiva Unidad Histórica y cultural de EUROPA.

Allí, en donde el paso victorioso de unos pueblos llamados "bárbaros" quebrantaba la cabeza de una Roma decadente, el espíritu genial y creador del Cristianismo supo hacer, de un choque violento de culturas, todo un espléndido renacer de nueva vida.

Pasando por sobre detalles insustanciales, es pre-

ciso reconocer, en lo general, lo que significó para el mundo esa irrupción del norte europeo, —, más propiamente de los pueblos germánicos—, sobre el antiguo tronco greco-latino. Y, sobre todo, lo que significó en ese momento el Cristianismo, como fermento de recreación, como aglutinante de unidad. Es innegable que el Cristianismo, al penetrar y al reventar glorioso dentro del Imperio Romano, con todo el vigor y con todo el signo de "promesa" del judaísmo, supo conservar en sí toda la vieja y fecunda tradición greco-latina, sentando, de esta manera, sobre el mundo, un nuevo y trascendental sentido de "continuidad" y de "universalidad" de la cultura. El concepto cristiano de un Dios único y común para todos los hombres, sin distinción de judíos ni de samaritanos, ni de gentiles ni romanos, abrió por los caminos de la Evangelización un nuevo concepto de extensificación y de integración de los pueblos. La evangelización no es

la conquista brutal de una nación por otra, sino la incorporación, por el amor y la razón, de un pueblo a la verdad. Esto significa que, el nuevo sentido cristiano de la Cultura y de la Historia, —al pretender la incorporación de un pueblo a la Verdad y a la Fe—, parte de un hecho fundamental, que no es otro más que el del reconocimiento y conservación de ese pueblo como tal, con todo su estilo particular y propio. Esto es lo original del Cristianismo, y lo que lo ha hecho permanente y universal. El Cristianismo no destruye jamás las virtudes primitivas y originarias de los pueblos, sino que, al contrario, las toma como abono para su propio renacer. El ritmo de su difusión es un ritmo de ahondamiento. El Cristianismo no "cae" nunca desde arriba, sino que se ahonda dentro del torrente de la propia vida de los pueblos, y por este mismo torrente renace y rebrota sobre todos los ambientes nacionales. El Cristianismo vive siempre renaciendo, y este sentido de constante renacer ha afirmado esas dos características sustanciales de nuestra cultura: unidad y diversidad. El ideal cristiano, que pretende la realización de una Comunidad Universal en Cristo, tiene un sentido cultural de: Participación de lo vario y lo diverso en una misma Verdad.

Todo este nuevo concepto, dinámico y creador del Cristianismo, fue incapaz de comprender una Roma decadente. Pero fue sí capaz de hacer permanecer a la Roma tradicional, heredera y continuadora de Grecia. Y, sobre todo, fue este concepto el que supo recoger de los nuevos pueblos germánicos el vigor y la energía necesarios para la recreación de un nuevo mundo.

Fue así, pues, cómo por ese sentido de la evangelización cristiana, por ese su renacer potente dentro de las virtudes primitivas y originarias de los pueblos germánicos, que nació para el mundo y la cultura el siglo XI. "El siglo XI —dice Christopher Dawson— vio la desaparición del paganismo en el Norte y la incorporación de toda la Europa occidental al seno de la Cristiandad. Y al mismo tiempo, el largo invierno de la Edad Oscura llegó a su fin, y en todas partes, por el occidente se extendió una nueva vida, despertaron nuevas fuerzas sociales y espirituales, la sociedad occidental, emergió de la sombra que sobre ella había proyectado el Oriente y tomó un puesto como una unidad independiente, junto a las civilizaciones más antiguas del mundo oriental".

El Espíritu Comunal de la Edad Media

Hemos dicho antes que el Cristianismo supo recoger de los pueblos germánicos sus virtudes primitivas y originarias, para revigorizar con ellas esa síntesis de cultura que ya había empezado a crear en Roma. Difícil resulta precisar en pocas palabras esas virtudes. Pero podemos sí anotar como sus signos característicos: un ideal "heroico" y en un espíritu "comunal" de la vida. Al tomar forma y expresión estos caracteres dentro de los elementos éticos y metafísicos del Cristianismo, surgió el tipo medioeval del "Caballero", cuya actividad juega siempre entre el héroe y el santo, y cuya personalidad se desenvuelve y se afirma siempre dentro de una "comunidad" u organismo social: Familia, Gremio, Municipio, Religión. La misma honra personal del Caballero es de un sentido eminentemente social o comunal. "El honor era

como savia del organismo, como sangre del cuerpo social", recuerda García Valdecasas.

Europa y la Universidad

La Edad Media Cristiana es así, pues, la época de las instituciones sociales. De las "corporaciones", para decirlo con toda propiedad. "Fuera de la Iglesia, —dice Lewis Munford—, sólo sobrevivió una institución entre las antiguas corporaciones y aun aumentó su importancia, el nombre de esa institución fue originalmente el término corriente usado para todas las corporaciones en el siglo XII: "universitas". Lo mismo que otras formas de la corporación de artesanos, el fin de la universidad consistía en dar una preparación adecuada al ejercicio de una vocación y regular las condiciones en las cuales sus miembros llevaban a cabo sus trabajos". En realidad, el término de universidad no empieza a usarse hasta el siglo XIV. Pero la Universidad existe ya, con plena realidad, en el siglo XII. Surge como una expresión perfecta de esa Europa, cuya génesis y cuyo desarrollo hemos recordado anteriormente. Surge como una manifestación elocuente del espíritu comunal y trascendente de la Edad Media. Ningún pueblo de la antigüedad conoció el concepto que hoy tenemos de la Universidad. Munford parece hallar un antecedente directo en la Biblioteca-Escuela de Alejandría y en las Conferencias Municipales de Roma. Pero es innegable que faltaba a todas éstas ese carácter "vocacional" o "funcional" y ese sentido inter-regional con que la Edad Media, o más propiamente Europa, produjo a la Universidad. Ese sentido que conserva hasta nuestros días de comunidad o de corporación para la formación y el ejercicio de una vocación o aptitud especulativa al servicio de la Humanidad. Y al decir esto se comprende, no sólo un interés particular del profesional y de su gremio, sino más aún se comprende un sentido social de "servicio", que traspasa, incluso, los límites nacionales. Ya dijimos antes que la Edad Media Cristiana de los siglos XII y XIII es, por excelencia, el período histórico de lo social o comunal, cuyo sentido hondamente cristiano está definido por el término servicio. Se vive para servir a Dios y al prójimo. Y cuanto más alta es la función de una persona o de un grupo social, mayor es su obligación de servicio. "Nobleza obliga", se recuerda a cada instante a los de mayor elevación social. Y de este concepto, precisamente, nació para el mundo la Universidad. Un concepto puramente europeo. Creado por Europa y afirmado por Europa. "Atenas tuvo el ágora, Roma el foro, Europa la Universidad". Así precisa sobre el tiempo el profesor Miguel Amado a estas tres instituciones, símbolos de un proceso cultural. Del proceso de nuestra cultura.

Universidad y Catedral

En sus comienzos la Universidad está ligada directamente a la Catedral. La Catedral es el signo con que se presenta Europa ante la Historia. En ella se define y con ella se expresa la Edad Media. Todo lo que lleva Europa en sí está manifestando en la Catedral. Ella es: casa de oración, escuela, taller, y, en ciertas ocasiones, castillo. La Catedral envuelve a todos los grupos sociales y los reduce a unidad, sin

destruirles en su propia esencia funcional, antes bien, afirmándoles en su propio ser y en su propio valer. Describiendo a la ciudad medioeval Lewis Mumford nos dice: "Generalmente, dentro del centro de la ciudad, tanto por razones prácticas de reunión, "como por razones simbólicas", se elevaba la iglesia principal o catedral...". Es que en la Catedral estaba representada la ciudad. O, para mejor decirlo con el mismo Mumford, en la Catedral se representaba y se vivía, con toda la intensidad de su realismo, el propio drama de la propia vida medioeval.

La Edad Media, —hemos dicho ya—, produce y vive ese doble sentido de unidad y diversidad. Por esto último se reconoce y se afirma en la sociedad toda una serie de actividades vocacionales o funcionales y toda una serie de estados o grupos sociales. Por la unidad, todos estos grupos sociales y funcionales se jerarquizan e integran en un solo cuerpo. Bajo este sentido, profundamente religioso de la vida, señores y siervos, artesanos, oradores y defensores reconocen sus diferencias funcionales, pero afirman su igualdad ética y metafísica en la integración definitiva y total de un solo cuerpo. Nada expresaba esto con mayor exactitud que la Catedral. Alberto Durero, que describe una grandiosa solemnidad de Nuestra Señora de la Ascensión en Amberes, a comienzos del siglo XVI, hace notar cómo "todos los oficios y clases de la ciudad estaban reunidos luciendo sus mejores vestidos. Y tanto las clases y las corporaciones ostentaban sus signos, "gracias a los cuales se les podía reconocer". Ahí estaban los orfebres, los pintores, los albañiles, los bordadores, los escultores, los ebanistas, los carpinteros, los marineros, los pescadores..." etc., etc... Toda una larga lista de los grupos sociales y funcionales ahí congregados e integrando un solo cuerpo. Lo más importante es que esta presencia de los grupos sociales en la Catedral no se realiza como simple formalismo, sino que es toda una actitud afirmativa de lo que realmente se es. Una auténtica y verdadera profesión de fe en una verdad que, más que creída, se vive integralmente. La Catedral tiene así un carácter verdaderamente comunal. No es un simple lugar de cita, ni un simple lugar de espectáculo al que sólo se llega a mirar. Ella es todo un ambiente de comunión, en el que todos los presentes son reales y verdaderos actores de un mismo drama. La ciudad entera se siente vivir en la Catedral. Por eso se la quiere, y por eso, —como muy bien decía el Marqués de Lozoya en una conferencia que tuvimos el gusto de escucharle en Buenos Aires—, el pueblo todo pone el orgullo y el prestigio de su ciudad en la Catedral.

Este sentido "catedralicio" de la ciudad, —si así puede llamarse, supervivió por mucho tiempo en España, de donde pasó a nuestros pueblos de América.

Dentro de tal sentido no es de extrañarse que en la Catedral se recoja y se cultiven el arte y la ciencia en todas sus manifestaciones, desde las más elevadas hasta las más inferiores. Pintores, músicos, escultores, poetas, escribanos, matemáticos, etc... todos hacen su vida alrededor de la Catedral. El mismo teatro se desarrolla y se hace, en los auto-sacramentales y en los misterios, frente al pórtico central de la Catedral y bajo símbolos religiosos.

Es así, pues, cómo en un principio encontramos

a la Universidad vinculada directamente a la Catedral. Las primeras corporaciones de estudiantes y doctores, —de las cuales saldría más tarde la Universidad—, se forman dentro del seno del claustro y a su sombra crecen y se desarrollan. Los estudios profanos están dentro de los propios estudios eclesiásticos y regulados por las autoridades religiosas.

Teología y Estilo Gótico

Si la Catedral representa, —como hemos dicho—, a la comunidad medioeval, nada ha expresado mejor en la Catedral a ese sentido de vida significado por ella, que el estilo arquitectural gótico. En las grandes catedrales góticas, las naves parecen abrirse para abrazar en su seno a la ciudad entera, mientras el ansia vertical de sus torres, cada vez más agudas hacia el cielo, parecen reducir a unidad a todo el pueblo. El gótico no es sólo un estilo arquitectónico, sino que es, en realidad, el propio estilo de vida medioeval. Este estilo se manifiesta también en el ambiente de lo puramente científico con la "Teología". La Teología es en la Edad Media una especie de "ciencia summa", de principio y fin de toda forma de pensamiento, y aún de toda acción. La perfección del saber la representa el "teólogo". El teólogo lleva en sí al filósofo, al científico, al jurista, al artista, al político... Pero no para pretender saber de todo, sino para realizar cada parte del saber, —señalada por la propia vocación personal—, en función de un Todo. Es por esto que, en los comienzos de la Universidad, la docencia sólo la ejerce el teólogo. Sólo en la Catedral existe la cátedra.

Las Corporaciones y la Universidad

Así como la Catedral representa el signo de unidad, esa función del Todo en que se realiza la Edad Media, la Corporación expresa, —dentro del concepto profesional o de trabajo—, el sentido de lo vario y lo diverso. La vida profesional se desarrolla siempre dentro del Gremio o de la Corporación. Pero el ritmo de esta diversificación no es el de un desintegrarse de la sociedad, sino todo lo contrario: un recio y vigoroso integrarse. El concepto orgánico de la sociedad medioeval hace de cada Institución Social un "órgano". Esto quiere decir, que en cada institución se reconoce una integración primaria y básica del organismo o cuerpo social. En lo íntimo de cada Corporación hay también unidad y diversidad. Por eso su nombre general y característico es el de "universitas".

No insistiremos en la naturaleza de los gremios medioevales, pero haremos resaltar, sí, entre sus características principales: la de representar a un determinado grupo profesional, y, sobre todo, la de regular, con plena autonomía de fuero o privilegio, todo lo concerniente a la formación y ejercicio de una determinada profesión o aptitud vocacional. De este espíritu, eminentemente corporativo, empezó a brotar la Universidad, tal como vive en nuestros días. La "universitas magistrorum et scholarum" o "Corporaciones de maestros y estudiantes", adscritas a las Catedrales, son su primera afirmación. A medida que estas Corporaciones se engrandecen, con el desarrollo de los estudios profesionales, los mismos Obispos o los mismos Cabildos Eclesiásticos piden la separación de cierta clase de estudios de los propiamente sagrados.

dos, para confiarlos al Gremio o Corporación respectivos. También los gremios de profesionales y estudiantes solicitan el "jus ubique docendi", o sea, la facultad de enseñar. Y fue de este modo cómo empezó a otorgarse a ciertas catedrales el privilegio de fundar o crear escuelas o colegios propios para los estudios profesionales. Se señalan, particularmente, las Bulas de Gregorio IX de 1.229, para la Catedral de Tolosa, como las primeras de este género.

La Universidad como Institución Autónoma

Pero sólo los colegios que son confirmados como "Studium generale", o simplemente "Studium", gozan plenamente del jus ubique docendi. La facultad de estos colegios comprende, no sólo el poder otorgar títulos de doctor, sino el hacer reconocer este título en todos los demás colegios y territorios, tanto para el ejercicio profesional, como, por sobre todo, para ejercer el magisterio. Nótese cómo el mismo término de "facultad", con que se significaba el privilegio de las primeras universidades magistrorum et scholarum sigue teniendo plena vigencia en nuestras Universidades para designar, precisamente, a las escuelas profesionales y a sus autoridades representativas.

La Universidad había adquirido con el Studium generale su confirmación definitiva como Institución autónoma. Desde entonces empiezan a florecer por toda Europa. Lewis Munford, —a quien hemos citado varias veces—, señala el siguiente proceso histórico: "Comenzando con Bolonia en el año 1.100, luego Pavia en 1.150, Cambridge en 1.229 y Salamanca en 1.243, la Universidad echó los cimientos de una organización cooperativa del saber sobre una base inter-regional; los estudiantes acudieron a esos centros desde todos los rincones de Europa, y, a su vez, los maestros estudiaron y enseñaron en centros distantes".

En el derecho medioeval la "Universitas magistrorum et scholarum" goza, como institución autónoma, de su propio fuero. En tal sentido, la Universidad, como Corporación del Saber, goza no sólo de plena autonomía en la dirección y vigilancia de los

estudios profesionales, sino que goza además de su propia Justicia, a la que está encomendada todo lo referente a maestros, profesionales y estudiantes. Y es tal el alcance de este fuero, que el recinto de la Universidad llega a ser tenido como lugar sagrado y de asilo para un perseguido por la justicia común. No digamos ya de su autonomía en cuanto a régimen económico que, como verdadera institución, se confiere a sí misma con sus propios bienes. Así nos dió la Edad Media Cristiana a la Universidad: Como una Corporación del Saber al servicio de la sociedad y al servicio de Dios. Como una integración de las varias actitudes del espíritu en la unidad exacta de la Verdad. Como una Institución con su propia vida y con su plena autonomía funcional. Siglos después, el laicismo, —argumentando libertades— la enclavaría dentro del engranaje general del Estado, como una pieza más a su servicio. Tal los alcances de las reformas practicadas por Napoleón Bonaparte, en 1.808, bajo el imperio de los nuevos postulados educacionales sentados por la Revolución.

La Universidad Hispánica

La Universidad hispánica aparece desde el primer momento en que aparece la Universidad como institución europea. La simboliza Salamanca, cuya fundación parece atribuirse al Monarca Alfonso IX de León. Su verdadera historia, sin embargo, data de 6 de Abril de 1.243, fecha en que el Rey Fernando III, en Valladolid, le concede Carta de Privilegio y de Confirmación, reconociendo su existencia corporativa, y, sobre todo, de 6 de Abril de 1.255 en que el Pontífice Alejandro IV la hace gozar del derecho del studium generale.

No sé hasta dónde pueda referirse el nacimiento y espléndido desarrollo de la Universidad de Salamanca al espíritu catedralicio de esta vieja y gloriosa ciudad hispánica. Pero resulta significativo el hecho histórico y social de ser la ciudad de Salamanca una de las que con mayor intensidad ha vivido este espíritu al extremo de ostentar con verdadero orgullo en nuestros días dos grandes e imponentes Catedrales.

SEGUNDA PARTE

LA UNIVERSIDAD Y EL DRAMA CONTEMPORANEO DE LA CULTURA

Signo y expresión de la Universidad

En el siglo XIV los alemanes empezaron a llamar simplemente "Universitas" a los colegios de estudios profesionales, usándose desde entonces el término de "Universidad" para designar a lo que hoy conocemos como tal.

Expresión auténtica de Europa, la Universidad ha significado en sí todo el drama de la cultura occidental-cristiana. Por los caminos de la Historia, por esos largos y oscuros caminos, por los que hemos peregrinado con tanto afán, encontramos produciéndose ya en el siglo XVI, —y con mayor acentuamiento en el XVII y en el XVIII—, todo un fenómeno de transformación y de cambio en los principios básicos y fundamentales del orden medioeval. Al sentido "estático" de un orden querido y señalado por Dios, sobrevino un sentido "dinámico" de un orden querido

y señalado por el hombre mismo. A la conquista del cielo, como aspiración de vida, sucedió la conquista del placer y de la felicidad material. Y al sentido comunal y de servicio, se opuso un sentido individual y de utilitarismo. En líneas generales, éste es el carácter general del humanismo renacentista. Un carácter de secularización de todas las manifestaciones de la vida, totalmente contrario, al religioso y trascendente de la Edad Media, y en el que, un propio "yo personal" de cada uno, ocupa el lugar que antes se reconocía a un Dios común al concepto catedralicio sucedió un concepto fabril. En vez de la Catedral surgía "la fábrica" como símbolo de la nueva ciudad. Este drama lo vive intensamente la Universidad en todos los pueblos de nuestro mundo occidental-cristiano.

Tristán de Athayde, al examinar los matices particulares de este proceso histórico y cultural, afirma

con gran acierto que "el mecanicismo del siglo XVII pretendió encontrar las leyes definitivas de la autonomía del universo en sí y el siglo XVIII erigió al "filósofo" en sucesor y destructor del "teólogo". Pero esto no fue más que en un comienzo. La Filosofía, —como actividad pura de la razón—, trató, en verdad, de tomar para sí ese lugar que la teología tenía en la Edad Media, como ciencia suma. Mas los mismos postulados creados por la filosofía racionalista dieron lugar al surgimiento del "científico puro y absoluto", que disputó con energía el lugar que se había conferido antes al filósofo.

El reventar de toda esta agitación moderna está expresado por una Universidad: la Universidad alemana de Halle. "Halle, —dice Paulsen—, es la primera universidad realmente moderna. El iluminismo, y el pietismo, el racionalismo filosófico, político y finalmente también teológico, partieron de Halle en su victoriosa marcha a través de Alemania".

La forma con que la Universidad expresa en nuestros pueblos el drama de nuestro tiempo no es posible relacionarla a determinados centros de estudios, sino más bien a los criterios o sistemas generales de los varios grupos universitarios. Aparecen así en primer término las Universidades francesas bajo el signo general de "la ilustración". "La universalidad de las investigaciones, —dice el Profesor Miguel Amado—, ha de ser el aporte de Francia...". El "ilustrado" es un tipo cultural en el que Francia trata de rehacer esa unidad que se siente perder a medida que desaparece el teólogo. Pero todos sus esfuerzos son en vano. El gran movimiento desarrollado por el humanismo renacentista, para sustraer a todas las ciencias del dominio de la teología, marcaba, de por sí, todo un peligroso sentido de desintegración de nuestra Cultura. Cada actividad, al sentirse libre, pre-

tendería un lugar de preeminencia. En vano también Italia trata de asenar en el prestigio del "Profesor" el prestigio mismo de la Cultura. El proceso desintegrador estaba desencadenado y en Alemania, al principio de la "libertad de enseñanza" y de la "libertad de filosofar", proclamado por la Universidad de Halle, seguía un nuevo reclamo: el de la ciencia por la ciencia misma. Cada disciplina exigía plena autonomía. El cientificismo puro y extremado estaba llevando, de la antigua integración de las ciencias, a un nuevo y peligroso concepto de "especialización", que no era más que un síntoma de algo que se agitaba más hondo, en la propia entraña de nuestra Cultura.

No sabemos hasta dónde puedan representar en estos momentos las Universidades norteamericanas, en su extremado sentido de la especialidad, esa crisis de desintegración que sufre nuestra cultura. Nos referimos, desde luego, a ese extremo peligroso de la especialización en que se pierde, casi por completo, la visión del todo. Incluso del propio conjunto de la misma ciencia del especialista. La verdad es que quienes más directamente han continuado y seguido el criterio científico alemán han sido las universidades norteamericanas. Quien conozca el sistema universitario norteamericano y también el alemán, concluye que en ningún país como en los Estados Unidos, —dice el Rector Butler de la Universidad de Columbia—, se ha imitado tanto a la universidad germánica".

Mas acertada parece ser, en cierta forma, la orientación tomada por las universidades inglesas. En Inglaterra la Universidad busca, por sobre todo, la integración moral, la configuración de buenas costumbres en el estudiante. En ellas se expresa el "gentleman", y el gentleman es la última expresión del caballero medioeval.

TERCERA PARTE

EL SIGNIFICADO DE LA UNIVERSIDAD HISPÁNICA

El signo de la Universidad Hispánica

Frente a todo esto ¿qué significa la Universidad hispánica? He aquí la interrogación que nos hicimos al principio. Para contestarla creemos que basta con afirmar: La Universidad hispánica simboliza la fidelidad a los principios básicos y fundamentales de Europa. La fidelidad a ese espíritu de síntesis y de creación, por el cual llegó a producirse nuestra Cultura Occidental-Cristiana. En una palabra, su signo es el de la lealtad española a la Europa tradicional y cristiana.

España es la nación de Europa en que más perdura el espíritu, genuino y auténtico, de la Edad Media. Quizás se deba en gran parte a la larga guerra de la Reconquista. El ideal caballeresco, en que refunde la Edad Media el sentido heroico y guerrero de los pueblos germánicos y las virtudes cristianas, —y que se afirma y desarrolla con las Cruzadas—, vive con mayor intensidad y por más tiempo en España que en el resto de Europa, porque en España la Cruzada es también guerra de independencia. Es por esto que, si bien en toda Europa toma vida y expresión el Caballero Cristiano, nadie mejor que España lo encarna y lo realiza en el tipo del "hidalgo", cuya

característica esencial es la lealtad. "Hay virtudes y rasgos morales, —dice García Valdecasas—, que aparecen indestructiblemente como propios del hidalgo o como propios del español. De modo especial ocurre eso con la lealtad...".

La Universidad hispánica sabe afirmar, hasta lo más hondo, ese sentido de lealtad. No por simple sistema de enseñanza, sino por algo mucho más esencial, la Universidad de Salamanca se caracteriza por la conservación en ella misma de la Teología como ciencia integradora del saber. Esto, que le fue tan duramente censurado por la Europa renacentista, ha venido a confirmarse en el tiempo como una de las actitudes más positivamente creadoras. El pensamiento español tomó en esta actitud ese sentido de "universalidad" con que se caracteriza en la Historia y que nadie mejor que el gran Nebrija, —alumno y profesor de la Universidad de Salamanca—, significó en el Prólogo de su Gramática. Recordemos como la Gramática Española nació con Nebrija, no para confirmar al español como idioma particular de una nación, sino como el idioma universal para la conversión de los infieles al Cristianismo. La preocupación teológica ponía en el pensamiento hispánico una prec

cupación evangélica, que era todo una actitud de marcha y de continuación de la Cultura por los caminos del mundo.

Salamanca y la presencia de América en la Historia

Pero la mejor demostración de ese signo afirmativo de la Universidad de Salamanca, en su fidelidad a la síntesis cristiana medieval, la constituye sin ninguna duda la presencia de América en la Historia. Es aquí en donde se levanta Salamanca, más gigantesca que nunca, en la cátedra prima de teología del genial y portentoso Francisco de Vittoria. Vittoria puede decirse que representa, en sus famosas Relecciones, todo el sentido del Imperio Español.

En sus caracteres más propios y distintivos, el Imperio Hispánico se realiza dentro de ese ritmo de ahondamiento de la evangelización cristiana, de que hablamos al principio. Esto quiere decir que, sobre el conquistador, viene ese sentido de unidad y de diversidad, que da origen y definición al Imperio. Imperio en su más estricto significado de "igualdad de reinos". Desde el primer momento de la Conquista España afirma, por la escuela dominicana de Salamanca, el valor humano del indio. Gracias a esto, España aparece en el mundo como la única nación conquistadora que se ha discutido a sí misma el derecho de su conquista. Son los mismos españoles los que, en función de una preocupación teológica, toman por su cuenta la defensa y afirmación de los derechos esenciales del indio. Y son españoles los que, en ejercicio de esta acción censuran y repudian los abusos de los propios españoles. Nunca jamás pueblo alguno ha hecho algo semejante durante todo el transcurso de la Historia. Esta es una gloria que sólo corresponde a España, a la España leal a los fundamentos de Europa. Y dentro de España es gloria que debe reconocerse siempre a la Escuela Dominicana de Salamanca. La legislación de Indias trajo con verdadera exactitud todos estos principios, creando un derecho vivo, de auténtica palpación indiana.

Bajo el sentido de la Conquista Española, América emergía para el mundo con toda su vigorosidad joven y con todo el ímpetu de sus virtudes originarias de lo indígena, como toda una fuerza de revitalización y de recreación de la cultura europea. España afirmaba cada vez más este signo americano, respetando e incorporando a la cultura general todo lo afirmativo del indio. Por eso, lejos de destruirle y de aniquilarle como ente cultural, como sujeto de la cultura, se dió por entera a la tarea de ponerle dentro de la cultura, con verdadera posición activa.

Salamanca y las Universidades de Hispano América

Y es así cómo, desde el principio de la colonización hispánica, surgió en los principales centros de América la Universidad. La Real Cédula del Emperador Carlos V de 21 de Septiembre de 1551 es la partida de nacimiento de la Universidad hispanoamericana. Confirmada después por don Felipe II, en Madrid, a 17 de Octubre de 1562, aparece definitivamente registrada en la Ley I, Título XXII, Libro I de la Recopilación General de las Leyes de Indias. Por su trascendental importancia, y porque sus mejores comentarios son sus mismas palabras, la transcribimos íntegra: "Para servir a Dios Nuestro Señor, y bien

público de nuestros Reynos, conviene que nuestros vasallos, súbditos y naturales, tengan en ellos Universidades y Estudios generales donde sean instruidos y graduados en todas ciencias y facultades, y por el mucho amor y voluntad que tenemos de honrar y favorecer a los de nuestras Indias, y desterrar de ellas las finieblas de la ignorancia, criamos, fundamos y constituímos en la Ciudad de Lima de los Reynos del Perú, y en la ciudad de México de la Nueva España Universidades y Estudios generales, y tenemos por bien y concedemos a todas las personas, que en las dichas dos Universidades fueren graduados, que gocen en nuestras Indias, Islas y Tierra firme del Mar océano, de las libertades y franquezas de que gozan en estos Reynos los que se gradúan en la Universidad y Estudios de Salamanca, así en el no pechar, como en todo lo demás".

La Universidad de Hispano América aparece así vinculada por entero a la Universidad de Salamanca, y como la más elocuente y la más hermosa expresión de su fidelidad hispánica a Europa. Es tal el auge de las nuevas Universidades, que ya antes de 1575 solamente la de México había conferido 1.162 títulos doctorales y 29.882 de bachilleres. Numerosos nombres de indígenas aparecen, desde entonces, incorporados definitivamente a las listas universales de la cultura. Sus nombres señalan, de por sí, la más efectiva posición activa del indio en el proceso cultural desarrollado por España.

El sentido profundamente cristiano de la cultura, ese sentido de ahondamiento, que no cae, sino que renace desde lo más hondo de la propia vida de los pueblos, realizaba en América, —por obra de la colonización hispánica—, la creación de un Nuevo Mundo. Por eso ese afán de la Corona Española por penetrar, desde la Universidad, —y a través del idioma—, a lo más profundo del alma aborigen. Era una preocupación que sobrepasaba a un mero interés idiomático y que daba al lenguaje todo su sentido vital. Si el idioma es la expresión más viva del espíritu de un pueblo, España obliga en las Universidades de América al estudio de las lenguas indígenas. "La inteligencia de la lengua general de los indios es el medio más necesario para la explicación y enseñanza de la doctrina cristiana". No puede haber afirmación más clara y más exacta para significar un espíritu de síntesis y de creación. Hay que entender primero al indio para que el indio pueda entender después el Cristianismo. Ante todo: entendimiento. Hundirse en lo más profundo del espíritu aborigen para renacer de ese mismo espíritu en una nueva vida cristiana. Vale decir: en una nueva vida de cultura abierta a lo universal. He aquí los dos instantes necesarios del originalismo americano. El primero ha sido maravillosamente realizado por España. El segundo nos corresponde realizarlo a nosotros mismos.

La responsabilidad de Hispano América

He aquí nuestra grave responsabilidad ante la Historia.

No sabemos hasta qué punto ha llegado Europa a traicionarse. No sabemos hasta qué punto ha llegado Europa a negar, en nuestro tiempo, a los propios valores que la crearon. Pero es innegable que vivimos una hora de "arrepentimiento". Sobre aque-

lla euforia y sobre aquel entusiasmo renacentista, negador de la Edad Media Cristiana, el mundo parece lanzar, —y éste es el valor afirmativo del Comunismo—, el más doloroso grito de desesperación. Parece como si la Humanidad gritara: "Quiero vivir, pero necesito algo. Algo que no puedo decir exactamente qué es, pero que siento que lo he dejado perdido atrás, en mi camino". ¿No es acaso un como querer rehacer unidad y diversidad, todos esos movimientos sociales contemporáneos?... Meditemos un poco en ese nuevo afán de funcionalismo, que revive en el moderno sentido de lo social. Miremos esas exigencias integradoras del Comunismo y de todos los nacionalismos políticos, como un intento desesperado de nueva reducción a unidad. Nuestro siglo padece de inseguridad, porque carece de unidad. La inseguridad es tal, que a veces sentimos como un derrumbarse completo de nuestra cultura, y aún parece que de nuevo surge un nuevo ciclo oriental de la Historia, totalmente contrario al occidental-europeo... Tiempos sólo comparables a los del final del Imperio Romano. El dilema "Oriente vs. Occidente", en que se quiere resumir la crisis, no es verdadero pero es significativo. El es apenas un síntoma revelador de nuestra propia inseguridad. La verdad es que, "Oriente vs. Occidente", sólo significa: desintegración de la unidad cristiana de Europa en que, precisamente, ambos conceptos fueron refundidos. Y la angustia de ese antagonismo sólo puede expresar un reclamo de nueva síntesis.

El sentido hispánico de la Vida y la Cultura, ese sentido de fidelidad a los principios de síntesis y de creación, por los que pudo ser Europa, surge así ante la realidad de nuestra hora, como todo un mensaje de nueva vida para el mundo.

El valor de este Mensaje es la cifra del propio ser de Hispano América. Está encarnado en nuestra propia existencia y afirmado con nuestro propio valer. Por eso a quien más corresponde realizarlo es a no-

sotros mismos. Y ésta debe ser la misión de nuestras Universidades.

Si el pecado de Europa ha sido el de negarse a sí misma, el pecado de Hispano América podemos decir que ha sido el de dejarse reducir por la Europa renegada. Un falso concepto de originalismo americano nos ha llevado, —por los guiones de un ideal absoluto de tecnicismo y de un indigenismo anti-hispánico—, a los extremos de la falsificación. Ambos guiones no son más que un reflejo sobre nosotros de la Europa decadente y en desintegración de nuestro siglo. No son verdaderamente actitudes originales, —y esto es lo que nos salva—, sino actitudes idiotas de imitación. Idiotas, pero no fatales. El verdadero originalismo sólo puede ser el que se afirma en "lo originario". En lo que es verdaderamente "nuestro" y brota de nosotros mismos. Para Hispano América no puede significar otra cosa que la conjugación armónica y positiva de esos tres elementos integradores de su ser: Indigenismo, Hispanismo y Cristianismo. Esto es: Virtudes primitivas y vigor de pueblo virgen, para recrear en su entraña, —y a través de un hispanismo leal a los principios de síntesis y de afirmación de Europa—, un nuevo concepto universal de unidad y diversidad. A la definición y a la realización de este único originalismo hispanoamericano debe encaminarse el esfuerzo de nuestras Universidades.

Nadie más que la Universidad de Hispano América, como expresión auténtica desde la propia raíz de su ser del sentido cristiano, puede llevar a nuestros pueblos a mejor cumplimiento de su destino histórico. Ese sentido imprimió en España un destino de "entrega" para América de los valores afirmativos de la Cultura. Y en esa "entrega" señaló, —por obra y misión de la misma España—, un glorioso destino americano de continuación y de recreación de la Cultura. De nosotros depende el saber cumplir con ese destino.

ANECDOTARIO CONSERVADOR

EL PRESIDENTE CARDENAS Y DON F. ALF. PELLAS

Era Presidente de la República el doctor don Adán Cárdenas, y estando por realizar un viaje a Europa don Francisco Alfredo Pellas, fue a despedirse de aquél, de quiera era muy amigo, y a pedir sus órdenes.

El Presidente Cárdenas aceptó el ofrecimiento del señor Pellas, y estando a punto de contraer segundas nupcias con la entonces señorita Tula Martínez, le pidió que le trajera un aderezo de modesto valor, cuyos detalles le dió.

El señor Pellas tan luego regresó al país fue a visitar al Presidente Cárdenas y le entregó el aderezo referido, lo mismo que su factura, explicándole que el descuento había sido aplicado a la mejor calidad del aderezo, pues el señor Pellas no pretendía cobrar comisión alguna.

El Presidente Cárdenas manifestó en todo su conformidad y agradecimiento, y preguntó además al señor Pellas por la póliza de introducción del repetido aderezo. El señor Pellas manifestó al Presidente Cárdenas que él había traído en su bolsillo el aderezo, por lo cual había entrado sin pagar derechos de Aduana, pero el Presidente Cárdenas inmediatamente llamó a uno de sus ayudantes, con el encargo especial de llevar el aderezo a la Aduana, para el pago de los correspondientes derechos.

La anécdota que antecede la refirió a su relator el señor Pellas, en uno de los días que precedieron a la batalla de Tisma, en el Gran Hotel de esta ciudad de Managua.

JOAQUIN VIJIL.